

La promoción de la democracia y la izquierda europea: ¿Una confusa ambivalencia?



David Mathieson
Richard Youngs



FRIDE

La Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior (FRIDE) es una organización privada, independiente y sin ánimo de lucro, con sede en Madrid. FRIDE concentra sus actividades en cuestiones relacionadas con la democracia y los derechos humanos; paz y seguridad; y acción humanitaria y desarrollo. A través de sus áreas de investigación, FRIDE tiene como objetivo influenciar las políticas de los Estados y fomentar la información pública.

Documentos de Trabajo

Los documentos de trabajo de FRIDE tienen el objetivo de promover un debate amplio sobre estos temas y presentar análisis relevantes para la política de los Estados.

La promoción de la democracia y la izquierda europea: ¿Una confusa ambivalencia?

David Mathieson y Richard Youngs

Diciembre de 2006

David Mathieson es investigador asociado de FRIDE. Obtuvo su doctorado en la Universidad de Londres y trabajó para el ministerio de Asuntos Exteriores del Reino Unido como asesor especial del fallecido Robin Cook, ministro de Asuntos Exteriores británico entre 1997-2001.

Richard Youngs es coordinador del programa de Democratización de FRIDE, y profesor de la Universidad de Warwick, Reino Unido. Entre sus publicaciones destacan *International Democracy and the West: The Role of Governments, NGOs and Multinationals* (Oxford University Press, 2004) y *Europe and the Middle East: In the Shadow of September 11* (Lynne Rienner, 2006).

© Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior (FRIDE) 2007.

Felipe IV, 9 1º Dcha. 28014 Madrid – SPAIN

Tel.: +34 915 22 25 12 – Fax: +34 915 22 73 01

Email: fride@fride.org

Todas las publicaciones de FRIDE están disponibles en el sitio web de FRIDE: www.fride.org

Este documento pertenece a FRIDE. Queda prohibido todo tipo de reproducción o redistribución, total o parcial, sin el permiso previo de FRIDE. Las ideas expresadas por el autor no reflejan necesariamente las opiniones de FRIDE. Si tiene algún comentario sobre este documento o alguna sugerencia, puede ponerse en contacto con nosotros en comments@fride.org

Índice

I. El preludeo del 11-S	2
II. La izquierda europea (apenas) debate sobre la democracia	4
III. Cuatro ejes de duda y confusión	9
Intervención militar	9
El unilateralismo estadounidense	10
Valores universales y la cuestión islamista	12
El desarrollo económico como alternativa	14
IV. Hacia una visión progresista de la promoción de la democracia	16

La nueva importancia de los debates sobre la promoción de la democracia ha llevado a Europa a hacer un profundo examen de conciencia. Si bien después del 11-S, la Unión Europea (UE) reforzó sus compromisos hacia la promoción de la democracia, muchos gobiernos europeos han demostrado una evidente falta de entusiasmo. Normalmente, estos compromisos se han expresado de tal forma que sugieren que Europa ha ido siguiendo los pasos de Estados Unidos a con reticencia. Da la impresión de que muchos gobiernos y dirigentes europeos, o bien, no sienten demasiado entusiasmo con respecto a la promoción de la democracia, sino más bien, y de mala gana, la necesidad de avanzar con el *zeitgeist* (espíritu de la época) internacional que Estados Unidos les ha torpemente impuesto; o bien, afirman, con confianza, que la UE ya cuenta con un modelo establecido para la promoción de la democracia, cuya calidad es superior.

A pesar de que Estados Unidos ha estado comprometido, hasta cierto punto, con la promoción de la democracia desde los años 60, tanto bajo las presidencias republicanas, como de signo demócrata, parece ser que las políticas estadounidenses de promoción de la democracia aceleraron la marcha tras los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001. En general, los fondos para la democracia pasaron de unos 800 millones de dólares a comienzos de siglo, a 1.400 millones en 2005. Asimismo, los requisitos para el incremento de ayudas de la nueva Cuenta del Reto del Milenio (*Millennium Challenge Account*) se basan ahora en criterios relacionados con la democracia; por primera vez, Washington ha criticado la falta de democracia de algunos aliados clave, como Arabia Saudí; y se han realizado intervenciones notables a favor de la democracia en Ucrania y Georgia. La secretaria de Estado Condoleezza Rice ha hablado de una nueva "diplomacia de transformación" como hilo conductor de la política exterior del país.

En general, este apoyo por parte de Estados Unidos a la promoción de la democracia, en lugar de ser amplia-

mente bienvenido, se ha visto con cierto recelo. Lejos de fomentar un apoyo general y más profundo por parte de otros Estados y organizaciones, las dudas no han dejado de planear sobre esta nueva actitud. De hecho, muchos creen que la agenda para la democracia está haciendo aguas. En palabras de un experto, "la agenda para la libertad" está "en estado de sitio".²

En Europa, las dudas han emanado desde distintos puntos del espectro ideológico, pero las divisiones han surgido, con más frecuencia, entre las líneas nacionales que entre las de izquierda-derecha. Sin embargo, los debates acerca de la promoción de la democracia parecen haber dado lugar a dilemas muy concretos y especialmente complicados entre la izquierda europea. Sus críticas hacia Estados Unidos ya resultan familiares y de largo pedigrí y sus reprimendas tradicionalmente estaban relacionadas con la preeminencia en la política estadounidense de una *realpolitik* sin principios. La defensa de una política exterior más centrada en los derechos humanos y los valores democráticos solía estar reservada, en la mayoría de los casos, al entorno progresista. Con un presidente de derechas en Estados Unidos, ridiculizado por muchos, que adopta ahora una estrategia "de progreso" para la difusión de la "libertad", las críticas generalizadas por parte de la izquierda a la política exterior de Estados Unidos parecían transmitir su particular punto de vista a la agenda de la democracia. Esta cuestión invita a una mayor investigación.

En este documento de trabajo se recogen los debates llevados a cabo entre las distintas secciones de la izquierda europea sobre el tema de la democracia. Se añade a otros debates, gracias a las investigaciones empíricas realizadas, cuyo objeto era revelar más datos acerca de la forma en la que los partidos de centro-izquierda de cuatro de los Estados de la Unión Europea más influyentes -España, Francia, Alemania y el Reino Unido- hablan sobre la promoción de la democracia. La originalidad del trabajo está en que se han analizado materiales de primera mano, incluyendo un gran número de entrevistas con políticos y dirigentes

Los autores desean dar las gracias a Michael Allen, Fred Halliday, Mark Leonard, David Mepham y Ted Piccone por sus comentarios al borrador de este trabajo, así como a Kristina Kausch e Irene Menéndez por su inestimable ayuda en materia de investigación.

² Windsor J., 'Advancing the Freedom Agenda: Time for a Recalibration?', *The Washington Quarterly*, 29/3, 2006, p. 21.

de partidos, como también declaraciones políticas, exposición de posturas y discursos de líderes políticos.

Nuestra investigación destaca la escasez de debates sobre la promoción de la democracia entre la izquierda europea. Cuando se ha hecho, en la mayoría de los casos, ha sido como consecuencia de otras preocupaciones colindantes. Si bien la izquierda tiene, en principio, la aspiración de fomentar gobiernos democráticos, ésta ha dejado entrever una notable ambivalencia con respecto a las estrategias de promoción de la democracia, ambivalencia que surge alrededor de cuatro cuestiones:

- 1) La ética de la intervención militar;
- 2) El unilateralismo americano;
- 3) La universalidad de las normas democráticas; y
- 4) La relación entre el desarrollo económico y la promoción de la democracia.

Este trabajo sostiene que la naturaleza de tales debates refleja la existencia de una considerable confusión conceptual dentro de la izquierda europea. Mantiene que un mejor entendimiento y un debate más centrado con respecto a estos cuatro "ejes de duda" le permitiría a la izquierda desarrollar un enfoque más comprometido para con la promoción de la democracia. De esta manera, podría reclamar las dimensiones propiamente progresistas de la misma, en lugar de seguir negándose a liderar la agenda como reacción reflexiva a su adopción por parte de una administración estadounidense de derechas.³

I. El preludeo del 11-S

Antes de describir la situación del debate actual, conviene recordar que la izquierda europea lleva tiempo luchando con las vicisitudes que entraña la democracia. La historia nos enseña que, tradicionalmente, el apoyo a la democracia internacional estaba fuertemente enraizado en el pensamiento liberal de izquierdas, incluso si, a veces, entraba en conflicto con otros valores "progresistas" (o percibidos como tales).

La evolución de la izquierda como fuerza política en Europa vino de la mano de la evolución de la democracia en el continente. Al mismo tiempo, la contribución de la izquierda a la democratización estuvo acompañada por el desarrollo de distintos aspectos dentro de la política progresista, lo que hacía que la búsqueda de la democracia pareciera un objetivo exclusivo. El pacifismo, la redistribución de la riqueza o el reconocimiento de otros valores culturales, por ejemplo, también fueron defendidos por la izquierda. A veces, éstos parecían ser contrarios (o, cuando menos, competir) con el compromiso para mejorar la democracia, ya fuera internamente, o como parte de un programa de política exterior. Además, los gobiernos de la izquierda seguían, frecuentemente, políticas basadas en intereses nacionales, en lugar de en un compromiso con objetivos ideológicos. En anteriores períodos de la historia, el compromiso de la izquierda con la democracia ha sido notable, aunque siempre cauteloso.

Si bien el apoyo a la democracia era de vital importancia entre los primeros movimientos, tales como el de los *levellers* del siglo XVII en Inglaterra, no cabe duda de que el concepto moderno fue un producto de la Francia revolucionaria, que también dio origen al término "izquierda". Desde entonces, la demanda de una mayor democracia se convirtió en el toque de rebato de las fuerzas progresistas de Europa. La izquierda, por ejemplo, desempeñó un papel crucial en la implantación de la socialdemocracia escandinava. En la primera mitad del siglo XX, el compromiso de muchos miembros de la izquierda con la democracia era incluso más

³ Para un argumento similar en relación con los demócratas estadounidenses ver Marshall W. (ed), *With all our Might*, Nueva York: Rowman and Littlefield, 2006.

aparente cuando trataban de mantener su influencia en un continente cada vez más dividido entre las fuerzas totalitarias de izquierda y derecha.

En los años 20 y 30, algunos miembros de la izquierda, seducidos por el marxismo revolucionario, terminaron haciendo apología del estalinismo autoritario. En Gran Bretaña, incluso los fabianos ensalzaron las virtudes de la "Civilización soviética". Otros, como Mussolini u Oswald Mosley, en Gran Bretaña, fundaron movimientos fascistas. Y, en el otro extremo de la balanza, surgió otro grupo, tipificado por el Gobierno del Frente Popular de Léon Blum, en Francia, se replegó hacia el pacifismo y la política del apaciguamiento, en lugar de defender la democracia.⁴ Sin embargo, el grosor de la izquierda insistió en que la democracia y el socialismo dependían el uno del otro, y opusieron una resistencia activa tanto al comunismo, como al avance del fascismo en Europa occidental. En 1937, durante la Guerra Civil española, Clement Attlee se personó en la línea del frente republicano y algunos de los políticos que dominaron después la izquierda socialdemócrata de la posguerra demostraron su valentía frente a la opresión totalitaria. El propio Willy Brandt adoptó este *nombre de guerra* cuando se vio obligado a huir de la Alemania nazi. A pesar de sus "coqueteos" con Vichy, François Mitterrand escapó de sus captores nazis y se involucró, durante el resto de la Segunda Guerra Mundial, con el movimiento de la Resistencia.⁵

Con la llegada de la Guerra Fría, la corriente dominante de la izquierda europea siguió siendo muy crítica con el comunismo y la dominación soviética. En Gran Bretaña, los comunistas o los que se mostraban "afines" a sus ideas, a veces, eran expulsados del Partido Laborista.⁶ En Alemania, los socialdemócratas revisaron su programa de partido en Bad Godesberg en 1959 para dejar claro su compromiso

con la socialdemocracia, un movimiento que seguirían, más adelante, los socialistas españoles (PSOE) tras la muerte de Franco en 1975. Los políticos de izquierda y las fundaciones de partido desempeñaron un gran papel en las transiciones democráticas de España, Portugal y, más tarde, Sudáfrica.

Más allá de sus fronteras, según iban desintegrándose los imperios europeos, la izquierda solía aliarse con los movimientos independentistas que abogaban por autogobiernos democráticos en otras partes del mundo. Pero muchos izquierdistas europeos, incluidos políticos tan distintos como Michael Foot y Shirley Williams en el Reino Unido, y gran parte de la élite política francesa, no tardaron en simpatizar con la élite de autócratas intervencionistas que vio la luz en África y Asia, creyendo que estos líderes beneficiarían el desarrollo económico. Algunos intelectuales de izquierda señalaron los problemas que tal solidaridad anticolonial suponía para la capacidad democrática local.

Asimismo, el compromiso aparente de la izquierda con la propagación de la democracia vino unido a una cierta oposición al ascenso del militarismo que entrañó la Guerra Fría. La tensión fue considerable entre aquellos que respaldaban políticas de seguridad sólidas que defendieran lo que, en su opinión, eran las libertades democráticas básicas, y aquellos que veían en el propio militarismo, la mayor de las amenazas. El apoyo de la izquierda europea a las organizaciones antinucleares o cuasi-pacifistas fundadas en los años 50 sufrió grandes altibajos, pero fueron capaces de movilizar grandes números de activistas en algunas ocasiones, por ejemplo, contra la guerra de Vietnam, o el despliegue de los misiles Pershing estadounidenses en los años 80. En Madrid, la sospecha de una seguridad colectiva liderada por Estados Unidos obligó al socialista Felipe González, el presidente del Gobierno del momento, a hacer frente a una fuerte oposición dentro de su propio partido y a convocar un referéndum para la adhesión de España a la OTAN en 1982. El distanciamiento general de Estados Unidos era un reflejo del poco entusiasmo, por parte de Europa, hacia la política exterior orientada a los derechos humanos del presidente Carter.

⁴ Brendon P., *Dark Valley*, Londres: Pimlico, 2001, pp. 283-303.

⁵ Una de las máximas más famosas de Brandt era "queremos atrevernos con más democracia".

⁶ Cuando el Comité ejecutivo nacional laborista invitó a Khrushchev a una cena en la Cámara de los Comunes, la famosa velada "terminó en sobresalto" cuando algunos miembros del parlamento, con el líder del partido, Gaitskell, a la cabeza, se enfrentaron al dirigente ruso por abuso de los derechos humanos. Williams P., *Hugh Gaitskell*, Oxford: Oxford University Press, p. 277.

En los años 90, la preocupación de la clase política europea, tanto de izquierdas, como de derechas, se centraba en los retos que trajeron consigo el colapso del comunismo y la incorporación de la mayoría de los países centroeuropeos a la Unión Europea. No debe restársele importancia al éxito de este proceso (que culminó en 2004 con la adhesión de diez nuevos Estados miembros a la UE) como ejercicio para la difusión de la democracia. Al mismo tiempo, sin embargo, la unificación europea hizo que las democracias establecidas (y muchos de la izquierda) olvidaran ofrecer más ayuda a los Estados balcánicos para que éstos pudieran llevar a cabo un proceso de transición que pudiera haber ayudado a evitar el baño de sangre en la región.

En parte como consecuencia de esta experiencia, y en parte sabiendo que la globalización traería consigo nuevas fuerzas a las que enfrentarse en el plano de las relaciones internacionales, el ministro de Asuntos Exteriores del primer Gobierno socialdemócrata de Gran Bretaña en casi dos décadas, intentó formular una política de *Nuevo internacionalismo*. Robin Cook, ministro de Asuntos Exteriores de aquel entonces, afirmó que “nuestra política en asuntos exteriores ha de tener una dimensión ética y debe apoyar las demandas de otros pueblos para con los derechos democráticos que reclamamos para nosotros mismos”.⁷ Esto suscitó el debate sobre la conveniencia de intervenir en los Balcanes, lo que se tradujo en un compromiso cada vez mayor, por parte de la izquierda, con el desarrollo de la democracia en esta región. De hecho, llegados a este punto, parecía que algunas partes de la izquierda europea eran las que lideraban el camino en la formación de un nuevo “internacionalismo liberal” que incluía la promoción de la democracia. Ésta era la situación cuando se produjo el ataque terrorista de las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001.

⁷ Robin Cook, *Declaración de intenciones*, 15 de mayo de 1997. Sin embargo, ni siquiera este compromiso evitó que el Gobierno fuera tras sus propios intereses, cuando, por ejemplo, dio el visto bueno a la polémica venta del caza Hawk de construcción británica al régimen de Suharto en Indonesia.

II. La izquierda europea (apenas) debate sobre la democracia

Frente a este rico trasfondo histórico, ¿cómo reaccionó la izquierda europea ante el 11-S? ¿De qué forma ha debatido la promoción de la democracia en los últimos cinco años? Para arrojar un poco de luz sobre estas cuestiones, hemos entrevistado a varios políticos y dirigentes de los principales partidos de centro-izquierda de cuatro países de la UE y valorado en detalle sus discursos y declaraciones sobre políticas. Lo que hemos encontrado es un importante vacío con respecto a las estrategias de promoción de la democracia.

En *Francia*, el Partido Socialista (PS) no ha publicado ningún documento o compromiso político formal sobre la promoción de la democracia después del 11-S. Un político del PS admitió que el debate sobre este tema era “inexistente”. El impacto de la derrota del partido ante el Frente Nacional en las elecciones presidenciales del año 2002 hizo que se encerrara sobre sí mismo. Al mismo tiempo, los temas relacionados con Europa dominaron las discusiones del partido sobre política exterior, a causa de las profundas divisiones internas acerca de la constitución de la Unión. Un diputado socialista lamentaba que “la solidaridad y movilización socialistas y socialdemócratas han perdido fuerza con respecto a las generaciones anteriores”, y que ha tenido lugar “un retroceso en la solidaridad socialista internacional”. “Los socialistas están más cerca de la *realpolitik* que antes, son menos utópicos”, afirma.

Según un miembro socialista francés del Parlamento Europeo, con respecto a opciones políticas concretas, tales como si ha de emplearse la cláusula democrática incorporada en los acuerdos externos de la UE, o cómo habría de utilizarse, los socialistas “[ni siquiera] lo han pensado”. Dentro del PS, la Secretaría de Relaciones

Internacionales tiene mayor peso que la de Derechos Humanos, lo que, en opinión de los dirigentes, ha relegado los temas relacionados con la democracia a un segundo plano.

Son pocos los políticos socialistas franceses prominentes que han hablado sin reservas y explícitamente en favor de una mayor prioridad a la promoción de la democracia. Una excepción relativa es el antiguo primer ministro, Lionel Jospin. Éste advierte de que la clave de la estrategia europea es “explorar conjuntamente el camino hacia la democracia” con los Estados árabes, evitando las “tensiones entre ambos”, pero también indica que la UE ha de resolver cómo utilizar las cláusulas de los acuerdos de asociación para establecer un equilibrio más eficaz.

Un importante dirigente del PS admite que la izquierda europea corre el riesgo de repetir los mismos errores en los que incurrió en Europa del Este a finales de los años 80, cuando la política estadounidense en favor de la democracia, mucho más activa, hizo que “muchos en Europa central y del Este tengan una imagen más favorable de Estados Unidos que de Europa occidental”. Él es uno de los pocos políticos franceses que están haciendo todo lo posible para sobreponerse a la resistencia (muy fuerte, tanto en la derecha, como en la izquierda francesa) al establecimiento, a nivel europeo, de una fundación para la democracia.

De la misma manera, en *Alemania* un portavoz del Partido Socialdemócrata (SPD) para Asuntos Exteriores, admite que la “promoción de la democracia, para decirlo suavemente, no es una de las principales prioridades”. Los miembros del SPD distinguen entre el fin y el medio: si se promueve la democracia, es como medio para la paz y la estabilidad, y no, según afirman, como un valor final en sí mismo. Esto contrasta con la perspectiva estadounidense sobre la democracia, según los dirigentes del partido. Si bien el portavoz general sobre política exterior insiste en que ha de darse más prioridad a la promoción de la democracia como reflejo de los valores progresistas, los miembros del Comité de Derechos Humanos rechazan tales afirmaciones.

Ciertamente, durante el período del Gobierno verde-rojo (1998-2005), se intensificaron las tensiones entre Schröder y su partido, el SPD, cuyo enfado era cada vez mayor al ver el “doble rasero” del canciller y sus actuaciones en política exterior que no seguían principio alguno. El SPD perdió a muchos de sus miembros entre la izquierda como consecuencia, en parte, de este creciente realismo, que pasaron a engrosar las filas del recién fundado Grupo Alternativo (WASG) y del Linkspartei (Partido de izquierdas). La actitud hacia Rusia constituyó el aspecto más emblemático de esta tensión. Los dirigentes del partido dicen que se ha progresado a nivel “institucional”, por medio de la creación de nuevos instrumentos y orientaciones (un Comité de Ayuda Humanitaria y de Derechos Humanos en el Bundestag, un comisario de Derechos Humanos en la Oficina Federal de Asuntos Exteriores, un Instituto Alemán para los Derechos Humanos, un Plan de Actuación para los Derechos Humanos que incluye a todo el conjunto del Gobierno, entre otros). Al mismo tiempo, muchos en el partido admiten ser proclives a un mayor nivel de *realpolitik*, por ejemplo, con respecto a China. Así, un dirigente citó la *Ópera de los Tres Peniques* de Bertolt Brecht, diciendo que “primero se come, después viene la ética”.

Desde el cambio de Gobierno en Alemania, en cierto sentido, el SPD se ha convertido en un escrutador algo más franco sobre los temas relativos a la democracia. Reflejando la profunda división entre Schröder y su partido, el SPD ha alabado, discretamente, los pasos diplomáticos de Angela Merkel para dar un mayor peso a los derechos humanos. Al mismo tiempo, los dirigentes del SPD han dudado sobre su efecto, afirmando que “los apretones de mano de Merkel con los dirigentes de las ONG rusas no han evitado que la ley dura sobre las ONG haya entrado en vigor”. Hacia mediados de 2006, la izquierda criticó a Merkel por acordar la venta de dos submarinos a Israel en medio de las incursiones de éste último en el Líbano.

Durante muchos años, el SPD ha estado debatiendo sobre una posible renovación de su programa *Berlín* de 1998 y la cúpula se ha comprometido a remitir un nuevo borrador del manifiesto para su debate interno

en 2007. El programa de 1998 dedica un capítulo entero a la democracia, y contiene principios generales y propuestas para su implantación *interna*, pero carece de mención alguna a la promoción activa de la democracia *en el extranjero*. Muchos tienen la esperanza de que la renovación de la política brinde la oportunidad de definir una identidad sobre política exterior más enfocada hacia los valores. Hasta ahora, la participación del partido en el nuevo Gobierno de coalición (incluida la ocupación del ministerio de Asuntos Exteriores) no sugiere una disminución significativa de la *realpolitik*.

De hecho, el documento titulado *La fuerza de la renovación* que establece propuestas para el nuevo manifiesto del SPD introduce un cierto cambio de tono, pero siguen echándose de menos las referencias explícitas a la promoción de los regímenes democráticos. Los aspectos basados en los valores se presentan en términos más multilateralistas, como por ejemplo "el estado de derecho ha de garantizarse a escala global por medio del refuerzo de la jurisdicción internacional". La atención se centra, principalmente, en desafíos a nivel internacional, sin definir una actuación específica contra regímenes autoritarios concretos, tanto a nivel individual, como nacional.

La nueva alianza Linkspartei/WASG, que ha pasado a formar la llamada "facción de izquierdas" del Bundestag, ha sido crítica con el alejamiento de los valores éticos protagonizado por el SPD, pero, sin embargo, no ha mostrado mucho interés en la política exterior. No es sorprendente que su retórica sea anti-globalización, multilateralista, pacifista, anti-imperialista y anti-americana. Sin embargo, ninguno de los dos partidos aboga por la promoción activa de la democracia. Sus manifiestos se limitan a sugerir la necesidad de promover la democratización de la arquitectura financiera internacional.

En el SPD, esta falta de claridad y de debate en profundidad es vista, generalmente, como un reflejo de la búsqueda de la identidad alemana en política exterior tras los acontecimientos de 1989, que también ha afectado a los partidos de centro-derecha. Si bien fuera de

Alemania suele pensarse que el partido apoya una política activa para la promoción de la democracia por medio del Friedrich Ebert Stiftung (FES), los dirigentes hacen hincapié en que es un error considerar a éste último como la rama del partido encargada de promover la democracia: "El FES no es, en ningún caso, el mecanismo de puesta en marcha de las políticas del SPD," insisten.

De manera significativa, los políticos alemanes de izquierdas señalan la falta de un *lobby* fuerte para la promoción de la democracia por parte de grupos de apoyo basados en valores, que, en Alemania, tienden a centrarse en otros temas. El tan mencionado (incluso por muchos de nuestros entrevistados) "complejo de culpabilidad colectiva" alemán funciona como un arma de doble filo en este sentido: por un lado, intensifica la oposición a gobiernos no democráticos; por otro, hace que los alemanes se muestren reticentes a "decirle a la gente lo que ha de hacer". Este sentimiento suele estar presente en lo que se considera que representa un internacionalismo progresista. Muchos dentro de la izquierda alemana se aferran al principio de "culpabilidad heredada", en detrimento de una promoción convincente de la democracia. Nuestros interlocutores sugieren que, aunque esta idea de autocastigo ha comenzado a cuestionarse en los últimos dos o tres años, sigue siendo un fuerte condicionante en política exterior. La "vuelta a la responsabilidad internacional", tan anunciada por los alemanes, ha tenido un efecto significativo en su política exterior, pero aún no ha dado lugar a un compromiso claro por parte de la izquierda para con la promoción de la democracia.

La ambivalencia del SPD se ha puesto aún más de relieve junto con los compromisos prodemocráticos del Partido Verde. Fue, precisamente, el ministro de Asuntos Exteriores del Partido Verde, Joschka Fischer, el que, entre 1998 y 2005 más trabajó y casi de forma paralela a la oficina del canciller, para mantener una cierta atención sobre la democracia y los derechos humanos dentro del Gobierno de Schröder. A diferencia del SPD, el manifiesto del Partido Verde en las elecciones de 2005 decía que "la democracia ha de promoverse en todo el mundo y los derechos humanos

universales han de reconocerse en todo el mundo ... [y] ... las [s]anciones han de ser más eficaces”.

Mientras tanto, en *España*, el presidente socialista José Luís Rodríguez Zapatero no ha sido sino un defensor poco entusiasta de la promoción de la democracia. Con frecuencia, subraya la conveniencia de una transición democrática, antes de advertir que España debería promover tal cambio de forma suave y, a lo sumo, a través de un diálogo cultural. Dentro del contexto político nacional español de amargas tensiones entre el Partido Socialista de Zapatero (PSOE), actualmente en el poder, y el Partido Popular (PP), de centro-derecha, este enfoque cultural suave suele ir acompañado de un “tono progresista”. Asimismo, Zapatero y otros ministros españoles hacen hincapié en su apoyo a la democracia, pero en sus discursos públicos sobre Oriente Medio afirman, con satisfacción, que las reformas en marcha en los Estados árabes representan, de hecho, una democratización, una opinión que pocos observadores independientes comparten.

No hay duda de que el Gobierno de Zapatero ha intentado introducir un discurso de mayor moralidad en la identidad española en política exterior. Pero las normas frecuentemente citadas por los ministros y las declaraciones sobre políticas son las de la legalidad internacional, el multilateralismo, la justicia social y la reducción de la pobreza. Rara vez se menciona la democracia como prioridad. Al lanzar el informe del Grupo de Alto Nivel de Naciones Unidas sobre la Alianza de Civilizaciones, el presidente español hizo hincapié en la importancia de esta iniciativa (su propuesta más destacada en política exterior) para reavivar el proceso de paz en Oriente Medio y enfrentarse a “aquellos que quieren sacrificar la paz en defensa de nuestros valores” (Estados Unidos y el Reino Unido). No se consideró su uso como instrumento de presión para con los gobiernos árabes para conseguir una reforma democrática.⁸ Tal vez, lo más polémico ha sido el nuevo compromiso y la asociación del Gobierno del PSOE con el presidente venezolano Hugo Chávez, a pesar de la fuerte condena de esta medida por parte de los mis-

mos apoyos clave del partido, precisamente sobre la base de los derechos humanos.⁹

Una figura importante del PSOE lamenta que “el debate sobre la promoción de la democracia es inexistente dentro de la Secretaría de Relaciones Internacionales del PSOE”, a la que le faltan tanto personal, como fondos. Otro diputado del PSOE reconoció que “sólo hablamos de promoción de la democracia cuando es una necesidad, cuando surgen situaciones que no pueden tolerarse”. Otro dirigente del partido coincide en que “no existe un debate interno dentro del partido sobre la promoción de la democracia como tal, en parte porque el Gobierno se ha hecho con el control sobre este tema”. Asimismo, prosigue, con una Secretaría Internacional débil, generalmente se cree que “el PSOE no tiene la capacidad, al contrario que las fundaciones alemanas, para aumentar el peso político de la promoción de la democracia y poner las políticas correspondientes en marcha”. Incluso, en América Latina, que es la única región en la que posee un cierto legado pro-democracia, “el PSOE necesita reafirmar su compromiso en este área”. E incluso los que defienden una mejor política para la democracia dentro del PSOE prefieren que salga “de las fundaciones políticas, no del partido”.

Los debates del PSOE se han centrado en cómo responder a situaciones específicas, del tipo “qué hacer con Chávez”, en lugar de en tratar de diseñar una política general para la promoción de la democracia. Un dirigente del PSOE afirma que, en relación con Marruecos, y “en el contexto del auge de los islamistas, el partido no sabe cómo enfrentarse a la situación”: “No se habla sobre el tema del auge del islamismo, ni de las relaciones con los socialistas marroquíes”, la intensidad de las relaciones entre el Gobierno y Marruecos “descarta una mayor actuación del partido”.

Los dirigentes del PSOE afirman que China ha sido una excepción parcial. Pero, aunque se ha hablado

⁸ *El País*, 14 de noviembre de 2006.

⁹ Barbé E., ‘Disenso y adversidad: la política exterior y de seguridad de España en 2005’, en *CIDOB Anuario Internacional 2005*, Barcelona: Fundació CIDOB, p. 290.

sobre la necesidad de prestar atención a la democracia, en este caso, los motivos económicos han acabado por imponerse. Mientras que el diálogo del PSOE con el Partido Comunista Chino intenta ostensiblemente desarrollar un entorno de confianza para poder tratar el tema de los derechos humanos, los dirigentes del partido admiten que esto se ha venido evitando hasta la fecha. De forma más general, los que tienen acceso a información privilegiada dentro del PSOE dicen que no se han dado casos recientemente en los que el partido haya ejercido presión para la retirada de la cooperación o la suspensión del diálogo por motivos relacionados con la democracia. Los representantes de Izquierda Unida (IU), el pequeño partido situado a la izquierda del PSOE, reprenden al PSOE por su "actitud de excepcionalismo hacia el régimen de Castro, que no debería existir".

Un miembro español del Parlamento Europeo admite que la izquierda no "ha tenido el coraje" de pedirle a la Comisión Europea que invoque la cláusula democrática. La falta de consideración dada a las opciones políticas detalladas es también uno de los argumentos de otro miembro del PSOE del Comité de Asuntos Exteriores del Parlamento Europeo, quien sugiere que para la izquierda europea ahora se trata "más de una cuestión de implantación de los instrumentos existentes que de idear un marco/ discurso teórico alternativo".

Los políticos de izquierda admiten que se ha prestado una mayor atención a los derechos internos, más que a los externos. A nivel europeo, por ejemplo, los representantes del Partido Socialista Europeo (PSE) admiten que se ha prestado mucha más atención a la mejora de la calidad de la democracia europea que a la exportación de los valores democráticos.

Algunos de los entrevistados españoles, franceses y alemanes señalan la forma en la que el centro de gravedad dentro de las estructuras del partido se ha dirigido hacia Bruselas, y arguyen que esto ayuda a explicar la mayor atención que se da a los asuntos internos de la UE, tales como la agricultura y el cambio constitucional, más que a la promoción externa de la democracia. "Europa ha absorbido las Secretarías Internacionales

de los partidos políticos nacionales", dice un diputado europeo: si antes las luchas eran más solidarias con los movimientos de liberación y los partidos hermanos, "ahora, Europa ... ocupa un lugar preponderante". Otro diputado europeo de centro-izquierda observa que la disciplina dentro del Partido Socialista Europeo es limitada, donde los diputados europeos "llevan a cabo sus propias agendas", en lugar de ajustarse a alguna línea del partido en relación con la democracia.

Al igual que en muchas otras áreas, el debate en *Gran Bretaña* ha sido algo distinto. De entre el resto de los partidos e instituciones europeas, el Partido Laborista británico es el que, probablemente, ha hablado de forma más abierta sobre la promoción de la democracia en los últimos años. En una declaración formal de políticas sobre *Prioridades y creencias para la política exterior*, el partido mantiene que "nuestros valores clave sobre igualdad y justicia social resuenan en la forma en la que nos relacionamos con el resto del mundo, tratando de ayudar a aliviar la pobreza, proteger los derechos humanos, fomentar la paz y promover la democracia".¹⁰ Esto se refleja en el último borrador de otro documento, *Britain in the World (2006)*, en el que se establece que "promover la democracia y los derechos humanos yace en el corazón de la política exterior de los laboristas".¹¹

A pesar de las profundas divisiones entre las bases laboristas sobre el tema de Irak, estas declaraciones sobre políticas han recibido un amplio apoyo en el partido y han sido ratificadas por los mecanismos de toma de decisiones formales del partido. De hecho, gran parte de la presión procedente del mismo se ha dirigido al fracaso del Gobierno laborista para implantar más sólidamente sus compromisos de promoción de la democracia. Un antiguo ministro lamenta que el Gobierno de Blair ha hecho muy poco en la práctica para "ser creativo" a la hora de apoyar a las ONG, las fundaciones y las fuerzas de oposición, o para "desarrollar instrumentos de poder blando" que podrían

¹⁰ Disponible en www.labour.org.uk

¹¹ Véase la documentación titulada *Partnership in Power* en www.labour.org.uk

“proporcionar los mecanismos para hacer verdaderos cambios” en los países en vías de desarrollo. Un diputado europeo laborista dice que “preferimos hacer discursos, a pasar a la acción”.

No obstante, otras secciones del Partido Laborista británico han sido más ambiguas con respecto a la agenda para la promoción de la democracia. La antigua ministra de desarrollo, Clare Short, que dimitió por el tema de Irak (después de la invasión), afirma que en determinadas circunstancias, la promoción de la democracia puede ser contraproducente para conseguir las metas de desarrollo. Pocos miembros laboristas se han opuesto directamente a la promoción de la democracia, pero muchos se muestran recelosos ante el celo “misionero” con el que juzgan que Blair ha abordado el desafío de fomentar la democracia y los derechos humanos. Es posible que la izquierda en Gran Bretaña haya sido menos ambivalente que sus homólogos continentales acerca de la promoción de la democracia, pero muchos miembros del Partido Laborista han advertido de que Irak y la postura de Blair sobre el conflicto entre Israel y Hezbolá de julio de 2006 han dejado a Gran Bretaña en mal lugar para alzarse como líder creíble para una reforma política árabe.

III. Cuatro ejes de duda y confusión

Esto nos da una idea de la ambivalencia general que se ha asentado en grandes secciones de la izquierda europea en relación con el tema de la promoción de la democracia desde el 11-S. Si indagamos un poco más, podemos llegar a distinguir cuatro “ejes” de preocupación y atención en los debates sobre la agenda para la promoción de la democracia.

Estas cuatro preocupaciones giran en torno a:

1) El uso de la intervención militar para proteger o promover un gobierno democrático;

- 2) La asociación de la promoción de la democracia a las tendencias unilateralistas americanas;
- 3) En qué medida es la democracia un valor universal; y
- 4) La secuencia correcta entre el desarrollo económico y la promoción de la democracia.

Nuestra investigación arroja luz sobre cada uno de estos ejes de debate.

Intervención militar

El tema de la intervención militar ha dominado, de forma abrumadora, el debate sobre la política exterior de la izquierda. El tema de la proyección militar se ha unido al de la promoción de la democracia, o, como mínimo, ha eclipsado otros aspectos mucho más básicos sobre las estrategias de apoyo a la democracia.

En Alemania, los dirigentes del SPD insisten en que el partido se opone fuerte y unánimemente al enfoque americano sobre la promoción de la democracia, que el partido asocia con el uso de la fuerza fuera de los límites del derecho internacional. Tal como reveló un portavoz, “hay pocos temas en los que haya tanta unidad dentro del partido”. Según sus miembros, los debates dentro del SPD han estado dominados abrumadoramente por la cuestión de la intervención militar. Si bien son pocos los que ponen en duda directamente la conveniencia de fomentar gobiernos democráticos, la cautela del partido viene de la percepción de que Estados Unidos se ha embarcado en una campaña de “imposición” de la democracia: “Nadie tiene derecho a imponer su modelo de Estado democrático sobre otra sociedad, que puede desear otro tipo de democracia o que, incluso, puede no estar preparada para albergar una democracia en absoluto, como era el caso, por ejemplo, de Afganistán”, afirmó un portavoz de Asuntos Exteriores. Así pues, se considera que la postura del SPD es “más diferenciada” que la americana, en la medida en la que apoya una gama más amplia de grupos sociales y rechaza la intervención militar como medio para cambiar un régimen.

No obstante, si bien rechazan vigorosamente esta tendencia (percibida) de Estados Unidos de promover la democracia por medio de la fuerza, los representantes del SPD apoyan el precavido alejamiento alemán de la situación de poder civil de posguerra: "Resulta fascinante que el primer despliegue de tropas alemanas al extranjero haya tenido lugar con un gobierno de izquierdas", sugiere otro miembro. Si bien Alemania también envió tropas a la región de los Grandes Lagos, un portavoz del SPD destacó que esta decisión se sometió a debate para garantizar que se trataba de un mandato para la restauración de la paz, no ligado a un proyecto más amplio dirigido al desarrollo de la democracia. Parece que la izquierda suele estar más cómoda con el discurso de resolución de conflictos que con la promoción de la democracia, aunque algunos analistas afirman que, en la práctica, estas agendas están estrechamente vinculadas.

En España, el PSOE también apoyó la intervención de la OTAN en Afganistán. Esto dio lugar a críticas y acusaciones de hipocresía por parte de IU, que afirmaba que la intervención en Afganistán carecía de fundamentos legales sólidos, al igual que la invasión de Irak (que tanto IU, como el PSOE condenaron conjuntamente). Algo contrario a la imagen dejada tras su salida de Irak, la aportación más notable del Gobierno del PSOE a la democracia es precisamente, según muchos de sus miembros principales, el envío de tropas a lugares como Afganistán, Angola y la República Democrática del Congo. En el último caso, la aportación de 800 tropas españolas es el mayor despliegue entre los países europeos. Actualmente, el número de soldados españoles autorizados para servir en el extranjero en misiones con un elemento de promoción de la democracia no es muy distinto bajo el actual Gobierno socialista, que bajo el anterior Gobierno de centro-derecha del Partido Popular, y en el PSOE se debate el cómo España debería aumentar su capacidad para el mantenimiento de la paz en el futuro. A pesar de esto, son pocos los discursos ministeriales o conversaciones con dirigentes del PSOE que no presentan críticas veladas a los que tratan de "imponer la democracia por la fuerza". La por entonces secretaria de Relaciones Internacionales del PSOE, Trinidad

Jiménez, criticó la política estadounidense de ataques preventivos y de "cambio de regímenes basado en una intervención militar como pretexto para promover la democracia".¹²

De hecho, a la luz del apoyo de la izquierda a una serie de misiones ajenas a Irak, esta última ha constituido una excepción. Pero esta excepción ha tenido un efecto desproporcionado en las visiones sobre la agenda para la promoción de la democracia. Al preguntarles sobre la promoción de la democracia, la reacción más común entre los políticos de izquierda (en nuestro estudio) ha sido la de cerrar filas entorno a la postura de que "no apoyamos el uso de la fuerza para imponer la democracia", incluso si ésta no era la pregunta que se les hacía. Los políticos de izquierdas reconocen que éste ha sido el tema que ha levantado pasiones y dominado los debates, de tal forma que ha conseguido desviar la atención de las cuestiones más pertinentes a la promoción "cotidiana" de la democracia, como el nivel de financiación a invertir en este área, los condicionantes que se contemplan o el tipo de grupos de oposición con los que comprometerse.

El unilateralismo estadounidense

En relación con el debate de la intervención militar, nuestra investigación confirma la sospecha de que gran parte de la izquierda europea ha puesto en duda la promoción de la democracia porque es vista como una agenda principalmente patrocinada por un presidente americano de derechas.¹³

Existe la opinión generalizada de que el compromiso posterior a 2001 para con una promoción de la democracia más fuerte sólo es un cómodo disfraz y un instrumento incorrecto para la proyección de poder de Estados Unidos. Según algunos críticos, Washington no

¹² Jiménez T., 'Nuevos Instrumentos Para la Seguridad y la Cooperación Internacional', Discurso, 18 de noviembre de 2004.

¹³ Opinión a la que el "manifiesto" europeo propuesto por Jacques Derrida y Jürgen Habermas dio forma intelectual en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 31 de mayo de 2003.

ha buscado una sólida promoción de la democracia coherente con las premisas éticas que subyacen al propio concepto de democracia. A su vez, esto le ha puesto las cosas más fáciles a los autócratas para poner freno a las actividades de promoción de la democracia, consiguiendo convencer a la población, con cierto éxito, de que éstas representan, en realidad, un intento por parte de Estados Unidos para expandir su alcance estratégico, en lugar de tratarse de una agenda normativa legítima.

La mayoría de los que están en la izquierda dan bastante importancia al hecho de que no quieren que "se les asocie" a una agenda, cuya credibilidad se ha visto minada por el aparente desprecio de la propia administración Bush por los derechos humanos internacionales, como han demostrado las condiciones de detención en Guantánamo, los abusos de la prisión de Abu Ghraib en Irak o la práctica de "rendición". A pesar de haber insistido tanto sobre este punto y ser tan aparentemente obvio al resto del mundo, parece ser que la administración Bush ha hecho oídos sordos y demuestra poca comprensión a las razones por las que esto podría suponer un problema entre los políticos europeos que Estados Unidos trata de captar para la causa de la democracia.

De nuestras entrevistas se desprende que, en gran medida, la izquierda cree que la promoción de la democracia es un vehículo poco sincero para promover o perpetuar los intereses nacionales de Estados Unidos, que está impulsado por fuerzas ideológicas que son la antítesis de la izquierda. Muchos del SPD, por ejemplo, creen que el término "promoción de la democracia" ha sido impuesto por Estados Unidos y que no esconde otra cosa que sus intereses estratégicos. A pesar de algunas voces de la izquierda francesa que han tratado de amonestar, tímidamente, el antiamericanismo de sus compatriotas, la idea también es *vox populi* en París.

Esta objeción suele ir ligada a la opinión de que Estados Unidos favorece un modelo concreto de capitalismo de mercado que tolera unos niveles de desigualdad social que no aceptan los socialdemócratas

europeos. Se presupone que Washington trata de promover la democracia como parte de este paquete, que es mucho más amplio, minando aún más el posible apoyo por parte de los liberales de izquierdas.

Un ejemplo típico de este punto de vista es el del inconformista Tony Benn que afirma que "la izquierda debería ser muy cauta a la hora de involucrarse en la promoción de la democracia porque para muchas personas no es más que una cortina de humo para deshacerse de un gobierno que a uno no le gusta y poner en su lugar a otro que sí le gusta. No creo que George Bush esté interesado en la democracia en absoluto. Fíjense en el trato que le profesa Estados Unidos a Chávez en Venezuela".

Otros miembros de la corriente dominante, la izquierda europea ortodoxa, son escépticos sobre la política norteamericana conforme al contexto de experiencias percibidas nacionales o históricas, cuando Estados Unidos trató de socavar las bases de movimientos de izquierda aparentemente democráticos. En Grecia, un comentarista de izquierdas dijo que "el concepto de promoción de la democracia está estrechamente vinculado a Estados Unidos y, por lo tanto, se piensa en él como una idea americana ... Muchos griegos, especialmente de izquierda, recuerdan la implicación de este país en la derrota de la izquierda durante la Guerra Civil [1948-9] y su apoyo al golpe militar y a la dictadura de los Coroneles después de 1967. La opinión predominante es que los americanos utilizan realmente la promoción de la democracia para promover sus propios intereses nacionales". En esta misma línea suelen ir las críticas de la izquierda en España frente a Estados Unidos por haber mantenido el régimen fascista del General Franco, cuando les convenía.

En otros casos, la izquierda ha hecho gala de apabullantes contradicciones. Hace una década, muchos reprocharon a los gobiernos su decisión de no aislar a regímenes como el de Suharto en Indonesia, o el de Abacha en Nigeria, tras su flagrante abuso de los derechos humanos. Sin embargo, más recientemente, cuando Estados Unidos contempló sanciones, por ejemplo, contra el régimen de Irán, los políticos y comentaristas

de izquierda no acogieron estas propuestas como medidas que podían favorecer la ética internacional, sino que las criticaron, calificándolas de intimidación unilateral e imperialista.

La defensa del papel de Estados Unidos en la política de promoción de la democracia ha recaído, principalmente, en los ministros del Gobierno británico. En 2005, el por entonces ministro de Asuntos Exteriores, Jack Straw, afirmó que, para algunos en la izquierda, "el compromiso del presidente Bush con la promoción de la libertad y la democracia es simplista e incorrecto, o es, simplemente, un disfraz que esconde motivos más siniestros", pero insistió en que "promover la democracia requiere que tanto el Reino Unido como Europa, como un todo, trabajen estrechamente con Estados Unidos".

Straw destacó que, actualmente, las posturas tradicionalmente idealistas (izquierda) y realistas (derecha) se están invirtiendo, y afirmó que la izquierda no debería dejar que esto ocurra: "Sería muy peligroso para la izquierda apoltronarse cómodamente y convertirse en el oponente y crítico del poder y los objetivos americanos en el mundo. La izquierda siempre ha creído en el poder de la política para cambiar y mejorar, así como en la difusión de la libertad y la democracia. Actualmente, tenemos una mejor oportunidad que nunca para promover esto en Oriente Medio ... La izquierda debería aprovecharla y llevar, así, la voz cantante para unir los esfuerzos de Europa y América en apoyo de la democracia y la libertad".¹⁴

Esta opinión ha sido reafirmada incluso con más fuerza por Tony Blair, quien en 2006 dijo que "el sentimiento antiamericano de parte del sector político europeo no tiene sentido, si va en contra de los intereses a largo plazo del mundo en el que vivimos. Actualmente, el peligro que tenemos con Estados Unidos no es que se implique demasiado, sino que decida levantar el puente que nos une y marcharse".¹⁵

¹⁴ Straw J., 'Democracy Promotion: a progressive foreign policy agenda', Discurso, 2005.

¹⁵ Blair T., 'Global Alliance for Global Values', Discurso, 27 de marzo de 2006.

Pero en niveles más bajos dentro del Partido Laborista británico, persiste la idea de que la promoción de la democracia está unida al unilateralismo americano. Un afamado comentarista liberal observa que muchos en la izquierda "han quedado atrapados en un antiamericanismo puro y duro, en el que 'el enemigo de mi enemigo es mi amigo'". Como subraya un experto, el veneno de la izquierda con respecto al "internacionalismo" de Blair simplemente se ha intensificado en el último año, y esto se ha visto, por ejemplo, en el apoyo explícito que han dado amplios sectores del movimiento laborista británico al cada vez más autocrático presidente venezolano, Hugo Chávez.¹⁶ Curiosamente, la izquierda europea ha terminado siendo más crítica del papel de Estados Unidos en la promoción de la democracia que algunas organizaciones de la sociedad civil árabe.¹⁷

Valores universales y la cuestión islamista

Otro eje del debate se ha centrado en si la promoción de la democracia no supone más que la imposición de un conjunto concreto de valores e ideales occidentales en distintas partes del mundo.

Los políticos de la corriente principal de izquierdas han descrito con frecuencia lo que ellos consideran la aplicabilidad universal de las normas democráticas. Por ejemplo, Jack Straw afirmó que "la aspiración por la democracia es universal. A veces se nos dice que la democracia es un valor occidental y que promover la democracia refleja una agenda occidental que intentamos imponer en otros. Esto es una postura condescendiente e ignorante y no hago sino rechazarla de plano".

¹⁶ Michael Allen, crítica de Francis Fukuyama 'America at the Crossroads. Democracy, Power and the Neoconservatives', en *Democratya*, agosto de 2006.

¹⁷ Véase, por ejemplo, Centro para el Estudio del Islam y la Democracia, *Carta abierta al Presidente Bush*, 11 de septiembre de 2006 –Instituto, con sede en Washington, que recoge un listado de activistas y expertos en Oriente Medio que pide a EE.UU. que promueva reformas políticas.

La existencia de esta corriente de pensamiento ha sido reconocida y atacada por Tony Blair. Rechazando el relativismo utilizado por los líderes islamistas para resistirse a la democracia, el primer ministro británico lamentó que "su argumento es que la democracia es un concepto occidental que estamos imponiendo en una cultura islámica que no lo quiere. El problema es que parte de la opinión en nuestro propio país coincide con la suya".¹⁸

En España, el presidente Zapatero rechaza explícitamente el relativismo, insistiendo en que no ve una incompatibilidad entre la democracia y el mundo árabe y arguye que, en todos los lugares, la "libertad es la mejor protección contra la intolerancia y el extremismo". Al mismo tiempo, pide el respeto para con las especificidades de cada cultura.¹⁹

Sin embargo, nuestras entrevistas revelan que en la izquierda europea persisten fuertes corrientes de relativismo, tanto entre políticos, como entre los dirigentes del partido y los intelectuales públicos de izquierdas asociados (en Gran Bretaña) con publicaciones como *The New Left Review*. De ahí la tradición intelectual salida del papel de la izquierda en el relativismo radical del posmodernismo y el posestructuralismo, así como de la amplia reticencia entre los intelectuales de izquierdas a sugerir que los valores democráticos han de considerarse "superiores".²⁰ Tal perspectiva suele ir acompañada del argumento de que los Estados de la UE han de ser, generalmente, cautos a la hora de promover la democracia como valor universal, pues su historial colonial les plantea un problema de legitimidad.²¹

Las dudas sobre la universalidad de valores salieron a la superficie en Alemania en 2001-2002 cuando se debatía sobre si la adherencia a la llamada *Leitkultur*

(o cultura dominante) debería ser un requisito previo para obtener la residencia permanente. Este debate interno se desbordó y generó, indirectamente, una cierta incomodidad sobre las nociones de superioridad cultural que, en opinión de muchos en la izquierda, están implícitas en la agenda para la promoción de la democracia. Los representantes del SPD reconocen que la influencia del relativismo cultural en la izquierda alemana sigue siendo notable. En este sentido, algunos califican explícitamente de "imperialistas" a las políticas exteriores basadas en los valores.

Como reflejo del alcance de dicho relativismo, algunos periodistas critican a la izquierda por haber "abandonado gran parte de la agenda feminista y ... a las mujeres frente a los Talibanes resurgentes y los señores de la guerra de Afganistán ... Realmente, el gran error de la izquierda es que se ha visto seducida por el relativismo. Dejar que Oriente Medio 'resuelva sus propios problemas' es un error. Esto simplemente deja a Oriente Medio en las manos de tiranos, déspotas, reyes y matones ... La izquierda está jugando a la defensiva y tiene miedo de ser acusada de 'imponer' sus propios valores. Por eso, es cauta a la hora de dejar oír su voz con fuerza en favor de los valores universales y los derechos humanos".

Han aparecido dos reacciones opuestas a la cuestión del Islam político y ninguna de ellas constituye una seria promoción de la democracia. Por un lado, algunos desde la izquierda se han aliado explícitamente con fuerzas islamistas radicales antidemocráticas en el mundo árabe en base a un anti-imperialismo compartido.²² Por otro lado, algunos comentaristas de la izquierda liberal han instado a la izquierda a no favorecer el compromiso con grupos de oposición islamista moderados, pero (acusan) altamente conservadores, sugiriendo que las políticas progresistas no han de ayudar a estos grupos políticos reprimidos a conseguir una mayor libertad democrática.²³

¹⁸ Blair, Alianzas globales, op. cit.

¹⁹ Rodríguez Zapatero J. L., Discurso ante la Liga árabe, 22 de marzo de 2005.

²⁰ Para leer una descripción reciente, véase Lebow R. N., 'Fear, interest and honour: outlines of a theory of International Relations.', *International Affairs* 82/3, 2006, pp. 431-448.

²¹ Schmid D., 'A legitimate emergency? European efforts for democracy promotion in the Mediterranean', Centro de Política Exterior, abril de 2006, p. 10.

²² Halliday F., 'La izquierda y la "yihad"', *El País*, 5 de octubre de 2006.

²³ Berman P., *Terror and Liberalism*, Londres: Norton, 2004, p. 112; Bright M., *When Progressives Treat with Reactionaries: The British State's Flirtation with radical Islamism*, Londres: Policy Exchange, 2006, p. 12.

Por su parte, los acontecimientos internos han dado un nuevo impulso a los debates dentro de la izquierda europea sobre hasta qué punto la democracia, y otros apreciados valores continentales, son universales. Para muchos dentro de la izquierda europea, el debate acerca de la promoción de la democracia, especialmente en Oriente Medio, se ha unido a otro sobre la compatibilidad de los valores occidentales y los de los musulmanes que viven en Europa.

Los disturbios protagonizados por jóvenes desilusionados de las comunidades inmigrantes de Francia, el asesinato de Theo Van Gogh en los Países Bajos, el uso de la ciudad de Hamburgo por parte de Mohammed Atta como base para la planificación de los atentados del 11-S y el conocimiento de que los terroristas del 7-J eran musulmanes nacidos en el Reino Unido ha desencadenado una importante oleada de reflexión sobre lo que puede estar yendo mal. El impacto de las grandes (y cada vez mayores) comunidades inmigrantes dentro de Europa es un factor que poco a poco se trata en los debates sobre política exterior. Pero no son muchos los que dudan sobre la importancia de la manera en la que Europa trata de resolver sus propias dificultades internas de integración para poder realizar un debate más amplio sobre la promoción de la democracia.

La izquierda francesa defiende una visión estrictamente secularista de la democracia. Para Lionel Jospin, el renacer de la religión no es algo positivo para la democracia y los seguidores de tales tendencias "han de aceptar la secularización". Esto va de la mano del familiar modelo de Estado del cambio político: "Nada puede reemplazar al Estado como vehículo de democratización y modernización". Gran parte de este mensaje va dirigido, principalmente, a la audiencia interna francesa, aunque Jospin también sugiere que los gobiernos europeos han de hacer un uso mucho más coordinado de las comunidades musulmanas europeas para transmitir el mensaje de la democracia en el mundo árabe.²⁴

²⁴ Presentación hecha en la conferencia: 'Democracy and Dialogue: The West and the Arab World', Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Santander, agosto de 2006, véase, www.fride.org

En Gran Bretaña, la causa de la universalidad democrática ha sido retomada recientemente por el *Manifiesto de Euston*, un documento redactado por académicos y activistas políticos de centro-izquierda. Este Manifiesto establece que "rechazamos la visión relativista y cultural conforme a la cual ... los derechos humanos básicos no son adecuados para determinadas naciones o pueblos". El grupo afirma que la izquierda tiene el deber moral de promover los valores democráticos en el extranjero. "Valoramos la tradición y las instituciones, el legado de buena gobernanza de los países en los que las democracias liberales y pluralistas se han asentado ... Nos negamos a buscar excusas o a 'comprender', de forma indulgente, los regímenes reaccionarios o los movimientos para los que la democracia es un enemigo odiado, regímenes que reprimen a su propio pueblo o movimientos que aspiran a hacerlo".²⁵

El desarrollo económico como alternativa

Un último aspecto de deliberación hace referencia a la incertidumbre dentro de la izquierda europea sobre la relación entre el desarrollo económico y la democracia. Los exhaustivos debates académicos han demostrado en repetidas ocasiones que la relación causal entre el cambio económico y el cambio político son complejos y de doble dirección. Formalmente, son pocos los miembros de la izquierda que afirmarían que los imperativos del desarrollo económico requieren el desaliento activo de la democracia. Sin embargo, el punto de vista más común es que el desarrollo económico y la reducción de la pobreza son prioridades que ponen de manifiesto la necesidad de no exagerar el énfasis en la democracia, más que metas de desarrollo que llevan a una *mayor* atención sobre la liberalización política.

Una vez más, reaparece el trasfondo intelectual. Según una crítica opinión neo-gramsciana, bajo la bandera de

²⁵ Véase www.eustonmanifesto.org

la promoción de la democracia, Occidente ha buscado, normalmente, una "democracia de baja calidad" que funciona mejor que los regímenes autocráticos para "poner disciplina" a la mano de obra y asegurar los intereses de las multinacionales, antes que actuar como un credo de desarrollo económico genuino.²⁶

En nuestras entrevistas, observamos algunas simpatías matizadas sobre tales dudas. Lionel Jospin afirma que el cambio democrático requiere, sobre todo, un esfuerzo previo para garantizar una mayor igualdad social y económica. De la misma manera, en palabras de otro antiguo primer ministro socialista francés, Michel Rocard (miembro del Parlamento Europeo), la concepción francesa establece que la promoción de la democracia es inseparable de la reforma económica y el bienestar. En este sentido, la decisión de Francia de abstenerse de apoyar la *Declaración de Varsovia* por la que se creó la Comunidad de Democracias en 2000, iba ligada, en parte, a esta teoría que presenta la democracia de tal forma que está "exenta de referencias a la necesidad de abordar la pobreza, como si la democracia tuviera sus propias virtudes". La concepción de la democracia establecida en la reunión de Varsovia era, en opinión de Rocard, "inoperable", porque no tenía en cuenta temas tales como la educación o el empleo.

Otro miembro francés del Comité para el Desarrollo del Parlamento Europeo admite que, a nivel nacional, el debate en la izquierda francesa se ha limitado a tratar temas como la disminución de la pobreza, y la atención dada a temas relacionados tradicionalmente con el desarrollo ha eclipsado el debate sobre los aspectos directamente políticos de la democracia. Como consecuencia, la promoción de la democracia "no ha sido abordada por los socialistas europeos ... [este tema] es un claro caso de flaqueza ... las propuestas socialistas son débiles, la prioridad está en otras cosas". Uno de los miembros más importantes de la sección internacional del PS sugiere que la izquierda ha de hacer fren-

te a la forma en la que el "punto de vista" estadounidense ha combinado la democracia y los mercados libres, afirma.

En España, el Gobierno ha vinculado estrechamente su discurso sobre los derechos humanos con su nueva *Alianza contra el hambre*.²⁷ Un miembro principal de la Secretaría de Relaciones Internacionales del PSOE explica que incluso donde la democracia aparece como una aspiración política, el objetivo último ha sido el de la justicia social, centrando la atención en temas tales como el gobierno, el refuerzo institucional y la participación, junto con un énfasis especial en el tema del género como preocupación transversal. IU afirma que su foco de atención se centra, aún más, en esta dimensión en lugar de en la del PSOE, y aboga por políticas que tienen en cuenta la dimensión socioeconómica y la "justicia dentro de la sociedad", antes que aquéllas que dan prioridad a la emergencia de un sistema político multipartidario en primer lugar.

Una vez más, algunas de las opiniones británicas se muestran menos reticentes en este tema. La ministra para el Desarrollo, Hilary Benn, ha dicho que "algunos afirman que los países pobres sólo se toman en serio los derechos humanos una vez han conseguido reducir la pobreza. O que la libertad política viene después de la prosperidad. Están equivocados. Sólo conseguiremos acabar con la pobreza cuando la gente pobre tenga la libertad de hacer escuchar su voz en las decisiones que afectan a sus vidas".²⁸ El punto de vista de Benn, sin embargo, no era compartido por su predecesor en el cargo (véase anteriormente) y otros dentro del Partido Laborista.

²⁶ Robinson W., *Promoting Polyarchy*, Cambridge: Cambridge University Press, 1996; Gills B. et al (eds), *Low Intensity Democracy: Political Power in the New World Order*, Londres: Pluto Press, 1993.

²⁷ Rodríguez Zapatero, op. cit.

²⁸ Benn H., 'Human Rights and Development in the Real World', Discurso, 11 de noviembre de 2005.

IV. Hacia una visión progresista de la promoción de la democracia

Al analizar los distintos aspectos de las opiniones de la izquierda sobre la promoción de la democracia se deja entrever la complejidad y variedad del tema. Se apunta, asimismo, a determinados temas que siguen planteando dudas con respecto al punto de vista "europeo" sobre la promoción de la democracia, y a otros argumentos propios de las críticas de la izquierda. El ejercicio también ayuda a discernir sobre qué puntos es importante y necesario hablar. Para comenzar a delinear un entendimiento progresivo y un enfoque hacia la promoción de la democracia, la izquierda europea haría bien en superar las incertidumbres asociadas con cada uno de los cuatro ejes delineados anteriormente.

En primer lugar, con respecto a la intervención militar. La invasión de Irak ha tenido un efecto profundo y generalmente negativo en la actitud de la izquierda europea hacia la promoción de la democracia. A finales de los años 90 hasta la invasión de Afganistán, los gobiernos y los partidos de izquierda comenzaron a demostrar un compromiso cada vez mayor con la intervención con fines humanitarios. Al mismo tiempo, esto ponía en tela de juicio el concepto tradicional westfaliano de soberanía y la consideración de la incipiente noción de "una responsabilidad para proteger". La oposición a la intervención en Irak puso freno a todo ello y ha tenido varias consecuencias desafortunadas.

Una de ellas, dentro de la izquierda, ha sido la de reducir frecuentemente el debate acerca de la promoción de la democracia a una discusión sobre el uso de la intervención militar. Independientemente de lo convincente que resulte la afirmación de la izquierda de que Irak ha sido un fracaso considerable en términos de política exterior, la agenda para la promoción de la democracia

abarca mucho más que este caso en concreto. La izquierda se arriesga, así, a rechazar la totalidad de la agenda política en base a un único episodio.

La izquierda ha de ir más allá de la creencia de que "Estados Unidos está imponiendo la democracia por la fuerza, de manera que hemos de retirarnos de la promoción de la democracia". Se le pueden criticar muchas cosas al presidente Bush, pero una de ellas no es (aún) la de "imponer la democracia usando la fuerza militar". Si bien a Estados Unidos se le reprocha que intente "imponer" la democracia indiscriminadamente en todo el mundo, en realidad, se ha producido un cambio notable, por el que se están protegiendo las alianzas con Estados no democráticos, tales como Pakistán, Arabia Saudí y China. La administración Bush ha lanzado dos invasiones militares y ninguna de ellas contaba con la promoción de la democracia entre sus principales objetivos, sino, más bien, como efecto secundario. Aparte de Afganistán e Irak, Freedom House enumera a 49 países del mundo que siguen careciendo de los derechos democráticos básicos, países con respecto a los cuales (en el momento de publicación de este trabajo) no puede demostrarse que Estados Unidos planea llevar a cabo una invasión en nombre de la democracia.

De igual importancia es el hecho de que los analistas y políticos de izquierda al *otro* lado del debate (a favor de la invasión de Irak) también han de desvincular *sus* opiniones sobre Irak de la agenda, mucho más amplia, de la democracia. Una fijación en justificar la invasión de Irak desde un punto de vista progresista también puede llegar a oscurecer una visión más clara sobre una promoción de la democracia más proactiva.²⁹

Este debate sobre la "democracia por la fuerza" es una distracción. Un analista apunta a que este debate ha arrastrado a la izquierda europea a aferrarse con fuerza al "imperialismo" que se cree subyace detrás de un pequeño número de intervenciones, y a ignorar los casos en todo el mundo, mucho más numerosos, en los

²⁹ Un ejemplo puede verse, por ejemplo, en Kamm O., *Anti-Totalitarianism: The Leftwing case for a Neoconservative Foreign Policy*, Londres: Unidad de Asuntos Sociales.

que Occidente ha sido cómplice de la autocracia a causa de su falta de actuación y su silencio.³⁰ No hay perspectivas de una "doctrina de intervención democrática" de gran alcance. Los debates a nivel multilateral han llegado a la conclusión, desde hace tiempo, de que una ausencia de democracia no puede justificar, en sí misma, una intervención militar en un país en concreto. Al menos por el momento, no parece posible que ningún Estado rebata este hecho.

No cabe duda de que la moralidad de la intervención militar es un tema crucial en la ética internacional, pero la clave de la promoción de la democracia está, esencialmente, en las estrategias civiles. Es aquí donde la izquierda ha de comprometerse y tener un espíritu más creativo y productivo.

Irak ha dividido a la izquierda europea más que cualquier otro tema en la política exterior moderna. Se han puesto, así, de manifiesto algunos puntos importantes, por no mencionar aquellos relativos a la validez del derecho internacional y la eficacia del uso de un ejército para cambiar un régimen. Pero el debate también ha sido perjudicial y confuso. Cuando no estaban en desacuerdo activamente entre sí, parecía que algunos no hacían más que mantener diálogos de besugos. Abundan los discursos de Tony Blair con referencias que vinculan la democracia a la firmeza, mientras que Zapatero hace hincapié constantemente en la necesidad de una democracia por medio de un diálogo no prescriptivo.

La izquierda europea se arriesga a volver atrás, a una distinción binaria no satisfactoria entre "intervención" y "no hacer nada" en los países no democráticos. Irónicamente, si bien la izquierda arremete contra el poder militar de Estados Unidos, parece que ésta ha vuelto a retomar una visión westfaliana de las relaciones internacionales, dándole la vuelta a la evolución en sus propios debates internos durante los años 90.

Si la izquierda europea tiene razones para señalar los límites del "poder duro" de Estados Unidos a la hora

de promover la democracia, ¿dónde están, entonces, los intentos continuos de la izquierda para desarrollar "instrumentos de poder blando" más eficaces? La izquierda no puede tener credibilidad moral para amonestar el uso de este poder por parte de los americanos, cuando ha sido reticente a la hora de abogar (o incluso de interesarse) por incrementar las ayudas para la democracia, el empleo más firme de la presión diplomática, un mejor apoyo a las víctimas reprimidas de la autocracia o la voluntad de dejar de recompensar con ayudas y acuerdos comerciales a los regímenes que abusan, de forma flagrante, de las normas democráticas.

En este sentido, el debate podría centrarse en la posibilidad de un uso gradual y sensible de la condicionalidad como modelo propio de Europa para su participación en los procesos de cambio político de terceros países. Muchos han apuntado (con acierto) que no es probable que tales instrumentos políticos vayan a tener una influencia considerable en la dinámica de Oriente Medio, Rusia o China. Pero esto no hace menos deseable, en modo alguno, que los países europeos traten de desempeñar una función positiva, si bien modesta, en los cambios democráticos por medio de estrategias más coherentes y eficaces.

En segundo lugar, en relación con el unilateralismo de Estados Unidos: la izquierda europea ha de sopesar las virtudes de la democracia internacional, independientemente de si las políticas norteamericanas de la administración actual son una mera excusa para sus propios intereses. De hecho, si esto fuera cierto, sería *más* importante, si cabe, que la izquierda europea participara en la difusión de la democracia activamente, desligando el valor normativo de la democracia de sus connotaciones de seguridad en Occidente.

Es cierto que el hecho de que la administración Bush, en principio, presente con orgullo la promoción de la democracia como una "empresa propiamente norteamericana"³¹ no facilita las cosas. Pero volvemos a

³⁰ Marko Attila Hoare, crítica de 'Occidentalism: The West in the Eyes of its Enemies', en *Democratiya*, agosto de 2006, p. 4.

³¹ Carothers T., 'The Backlash Against Democracy Promotion', *Foreign Affairs*, 85/2, 2006, p. 66.

insistir en que, de ser así, tanto mayor sería la necesidad de combatir semejante actitud. Y aún mayor es la necesidad de comprender y tratar los orígenes del unilateralismo estadounidense, cuyas raíces se encuentran en la insatisfacción con la ineficacia de un multilateralismo que veta a Estados activamente comprometidos y obstaculiza la difusión de la democracia.

La izquierda europea ha de definir qué objetivos considera progresistas y no trabajar desde una actitud predeterminada hacia una administración norteamericana en concreto. Esta lógica empuja a la izquierda hacia un cierto "euronacionalismo", un credo que no es menos antiprogresista que sus equivalentes a nivel nacional y que, de hecho, no es más que un reflejo de un "eurogaullismo" de derechas.³² Resulta alentador que los demócratas escandinavos, así como el nuevo Gobierno italiano de izquierdas elegido en mayo de 2006, hayan expresado su intención de comprometerse (al menos, desde la retórica) con la promoción de la democracia.

Se ha comentado mucho el peligro que supondría un aislamiento por parte de Estados Unidos. Pero existe también otro riesgo, y es que sea la propia izquierda moderna europea la que se aisle. Si esto ocurriera, sería, a la vez, irónico y desafortunado. Irónico, porque desde la creación de la democracia moderna, la izquierda ha estado al frente de todos aquellos que han apoyado la causa. Y desafortunado, porque la izquierda es la que tendría ahora credibilidad para marcar la diferencia en aquellas partes del mundo donde resulta esencial un cambio democrático.

Una vez más, ha sido el tema de Irak el que ha abierto un debate en el que han surgido falsas dicotomías: entre aceptar una agenda establecida por Washington, o decantarse por el aislamiento, entre la intervención militar o no hacer nada. Hemos expuesto en este trabajo el reducido número de argumentos fundamentados para la promoción de la democracia sobre sus propios méritos, por no hablar del tipo de estrategias detalladas que podrían poner en marcha, de forma eficaz, los compromisos en favor de la democracia. La

izquierda europea debería reflexionar sobre ello. Ésta es culpable, en este sentido, de un "narcisismo de pequeñas diferencias", de ser "criminalmente autoindulgente", cuando las diferencias con Estados Unidos palidecen al lado de la magnitud de los desafíos globales a los que se enfrentan tanto Europa, como América, el "retroceso" frente a la promoción de la democracia por parte de los regímenes autoritarios y la forma en la que las políticas exteriores china y rusa amenazan con debilitar el alcance de las actuaciones occidentales en base a sus principios.³³

En tercer lugar, en relación con el tema de los valores universales. Los argumentos de la izquierda han de reflejar que no existe contradicción alguna entre una fuerte promoción de la democracia y "permitir que los pueblos elijan su propio destino". De hecho, este último pensamiento progresista puede incluirse en la agenda para la promoción de la democracia. ¿Cómo van a poder elegir su propio futuro las poblaciones locales si no es a través de medios democráticos? No hay duda de que la izquierda se equivoca cuando tiende a afirmar que dicha autodeterminación es mutuamente exclusiva para una firme promoción de la democracia.

Las advertencias de la izquierda contra una fuerte promoción de la democracia alegando que los Estados han de ser "libres para evolucionar como quieran" equivalen a decir, en los lugares donde la democracia está ausente, que "los regímenes represivos han de ser libres para decidir el ritmo y el alcance del cambio". Y ésta no es una afirmación progresista de la que estar orgullosos. Lord Dahrendorf ha señalado que tales principios westfalianos sin restricciones son contrarios a la difusión del liberalismo.³⁴

Hemos observado que una línea común de pensamiento entre la izquierda europea es que "la democracia no es un fin en sí mismo, sino un medio para el desarrollo". Pero, posiblemente, el razonamiento a la inversa también valdría. Si bien la utilidad de la democracia como medio para el desarrollo es realmente algo com-

³² Garton Ash T., *Free World*, London: Penguin, 2004.

³³ Ibid., p. 183 y p. 234; Gershman C. y Allen M., 'The Assault on Democracy Assistance,' *Journal of Democracy* 17/2, 2006, pp. 39-46.

³⁴ *The Guardian*, agosto de 2006.

pleja y es refutada, para muchas de las personas que viven bajo el yugo de la represión política, la reticencia de la izquierda a definir la democracia como un fin en sí mismo puede resultar muy desconcertante.

Si el propio lenguaje de la "promoción de la democracia" ha llegado a resultar incómodo para la izquierda, podría servir de ayuda definir mejor la agenda y formular objetivos relacionados con los componentes de la democracia, como son el estado de derecho, la libertad de los medios, la responsabilidad, el control de la sociedad sobre el ejército, entre otros. Al mismo tiempo, las dudas con respecto a los *medios* correctos no deberían crear incertidumbre con respecto al *fin* correcto, en otras palabras, el de aspirar a contar con gobiernos más justos y menos represivos universalmente.

El compromiso con la promoción de la democracia es acorde a lo que la mayoría de las personas de la mayoría de los lugares del mundo parece desear. El relativismo de muchas secciones de la izquierda europea no está en sintonía con las numerosas encuestas que registran una cada vez mayor creencia en la democracia entre los pueblos de Oriente Medio que en Latinoamérica o, incluso, en algunos países europeos. El número de democracias en el mundo ha aumentado drásticamente en los últimos veinte años porque eso es lo que la gente ha elegido cuando se le ha dado la oportunidad de expresar sus deseos. La izquierda no ha de avergonzarse a la hora de reconocer este hecho, sino que al hacerlo, podría volver a sus raíces históricas relativas al pensamiento progresista, tal como hemos descrito en el apartado introductorio. Asimismo, sería más acorde con las encuestas que revelan que los ciudadanos europeos apoyan más la promoción de la democracia que los norteamericanos.³⁵

Las críticas de la izquierda al compromiso con las fuerzas políticas moderadas islamistas están profundamente equivocadas. Que los gobiernos traten de hablar con organizaciones como la Hermandad

Musulmana egipcia no representa un favoritismo siniestro hacia estos grupos. La sugerencia, por ejemplo, de que el Gobierno británico "favoreció" a la Hermandad simplemente al explorar posibles contactos es una malicia periodística que poco ayuda. No es acertado describir a tales grupos como irremediable y uniformemente "reaccionarios". A pesar de todas sus críticas contra Estados Unidos, esta actitud acerca más a la izquierda a la administración Bush en sus esfuerzos por evitar todo contacto con la Hermandad Musulmana, una de las decisiones que más contradicen la retórica norteamericana para la promoción de la democracia (aunque, aparentemente, se están produciendo cambios en este sentido, pues hay rumores de que los dirigentes norteamericanos han entrado en contacto con la Hermandad Musulmana).

El tema no es que las políticas en favor de la democracia hayan de fomentar el apoyo a los islamistas, sino que la democracia en sí misma entraña, de forma natural, un compromiso con ellos, al igual que con otros tantos. Se dice que los cambios políticos han de realizarse alrededor de vehículos de legitimidad política existentes y que la "democracia formal" puede ayudar a la "democratización" de estas estructuras sociales.³⁶ Este punto de vista sobre la promoción de la democracia parece ofrecer una cierta compatibilidad con la preocupación de la izquierda por los valores de las comunidades y dar un vuelco convincente al argumento ya común de que el apoyo a dichos valores locales es lo que va *en contra* del foco de los progresistas hacia la promoción de la democracia.

En cuarto lugar, en relación con el desarrollo económico: la izquierda tiene razón a la hora de centrar su atención en la reducción de la pobreza, pero no la tiene al considerar que esto es, de alguna forma, una alternativa deseable a la inversión de mayores recursos en las actividades directas para la promoción de la democracia. De hecho, esto refleja la antigua tendencia por la que se pensaba que había que escoger entre fomentar la libertad económica o la libertad política. Muchos

³⁵ Encuesta sobre Tendencias transatlánticas del Fondo Marshall alemán de 2006. Un 71 por ciento de los europeos apoyaban la promoción de la democracia, frente a tan sólo un 45 por ciento de los americanos.

³⁶ Roy O., 'The predicament of "civil society" in Central Asia and the "Greater Middle East"', *International Affairs*, 81/5, 2005, p.1002 yp.1011.

analistas han demostrado que la democracia y el desarrollo son mutua e invariablemente determinantes y que cada uno de ellos depende del progreso en paralelo del otro. Un elemento clave de esta relación es la creación de instituciones estatales más eficaces y democráticas, que puedan garantizar un desarrollo económico eficaz, precisamente aumentando la participación y la responsabilidad civiles. Puede parecer que esta idea sea propia de la filosofía política socialdemócrata. Un énfasis en el Estado ayudaría a entablar un vínculo, a la vez necesario y deseable, entre las agendas para el desarrollo y la democracia.³⁷ Esto se asentaría en la teoría de que el potencial más progresista de la UE se ha desarrollado como consecuencia de sus intentos por reforzar el nexo entre el desarro-

llo, los derechos humanos y una "nueva agenda de comercio".³⁸

Los actores políticos progresistas de la Europa continental podrían verse reafirmados en su oposición a la invasión y la ocupación de Irak, y sostener que ha quedado demostrado que la intervención en el nombre de la democracia ha sido contraproducente. Pero, ¿es éste realmente el final de la historia? ¿Podría volver a retomarse con éxito el debate que quedó sumergido en las arenas del Hejaz, del que no salió nada constructivo? Conservar la democracia ha sido parte de la misión histórica de la izquierda. Se necesitan cambios significativos en los debates actuales si ha de convertirse en uno de los puntos clave del papel global de la izquierda en el siglo XXI.

³⁷ Mephram D., *Changing States: A Progressive Agenda for Political Reform in the Middle East*, Londres: IPPR, enero de 2006.

³⁸ Young A. y Peterson J., 'The EU and the new trade politics', , 13/6, 2006, pp.795-814.

DOCUMENTOS DE TRABAJO 2005-06

- 29** La promoción de la democracia y la izquierda europea: ¿Una confusa ambivalencia?, David Mathieson y Richard Youngs, Diciembre de 2006
- 28** Promoting Democracy Backwards, Peter Burnell, November 2006
- 27** Respuestas globales a amenazas globales. Seguridad sostenible para el siglo XXI, Chris Abbott, Paul Rogers y John Sloboda, Septiembre de 2006
- 26** Cuando más es menos: contribuir a la construcción del Estado en Afganistán, Astri Suhrke, Septiembre de 2006
- 25** The Crisis in Timor-Leste: Restoring National Unity through State Institutions, Culture, and Civil Society, Rebecca Engel, August 2006
- 24** Misión de la ONU en la República Democrática del Congo: Imponer y consolidar la paz más allá de la elecciones, Luis Peral, Julio de 2006
- 23** Angola: La “buena gobernanza” global también es necesaria, David Sogge, Junio de 2006
- 22** La recuperación del conflicto armado: Lecciones aprendidas y próximos pasos para mejorar la asistencia internacional, Megan Burke, Abril de 2006
- 21** Democracia y Seguridad en Oriente Medio, Richard Youngs, Marzo de 2006
- 20** Defining ‘Terrorism’ to Protect Human Rights, Ben Saul, February 2006
- 19** Failing States or Failed States? The Role of Development Models: Collected Works; Martin Doornbos, Susan Woodward, Silvia Roque, February 2006
- 18** Facing the Victims in the Global Fight against Terrorism, Jessica Almqvist, January 2006
- 17** Transition and Legitimacy in African States: The cases of Somalia and Uganda
Martin Doornbos, December 2005
- 16** The United Nations’ Responsibility towards Victims of Terrorist Acts,
Irune Aguirrezabal Quijera, November 2005

INFORMES Y DOCUMENTOS DE TRABAJO 2004-05

- 1 Europa e Irak: ¿Hacia una política más constructiva?, Richard Youngs, Noviembre de 2004
- 2 Hacia una nueva cooperación española, Silvia Hidalgo y Fernando Espada, Diciembre de 2004
- 3 Uso de la fuerza y responsabilidad de proteger. El debate sobre la reforma de la ONU, Carlos Espósito, Junio de 2005
- 4 Una Comisión de Consolidación de la Paz para las Naciones Unidas, Jessica Almqvist, Junio de 2005

-
- 1 A proposal for governance of the Gaza strip in the context of the announced Israeli withdrawal, CITPax, an initiative of Shlomo Ben-Ami, November 2004
 - 2 El Proceso de Barcelona, diez años después: ¿Un modelo para afianzar la reforma árabe?, Richard Youngs, Enero de 2005
 - 3 El Islam político: ¿está listo para comprometerse?, Emad El-Din Shahin, Febrero de 2005
 - 4 Reflexiones sobre la reforma del Servicio Exterior de España, Carlos Espósito, Febrero de 2005
 - 5 ¿Cómo juzgar a los acusados de actos de terrorismo?, Jessica Almqvist, Marzo de 2005
 - 6 España y Marruecos: ¿hacia una agenda de reformas?, Richard Gillespie, Abril de 2005
 - 7 Contribución española a la construcción de la paz. Razones y propuestas para la elaboración de un Plan de Acción, Luis Peral, Abril de 2005
 - 8 Los instrumentos de la UE en la prevención y gestión de conflictos, Javier Niño Pérez, Abril de 2005
 - 9 España y el Magreb durante el segundo mandato del Partido Popular. Un período excepcional, Laura Feliú, Mayo de 2005
 - 10 Agresión, crimen de agresión, crimen sin castigo, Antonio Remiro Brotóns, Junio de 2005
 - 11 Reforma política y perspectivas para una transición democrática en el Golfo Pérsico, Jill Crystal, Julio de 2005
 - 12 Building a New Role for the United Nations: the Responsibility to Protect, Carlos Espósito and Jessica Almqvist, September 2005
 - 13 Alliance of Civilisations: International Security and Cosmopolitan Democracy, Kristina Kausch and Isaías Barreñada, October 2005
 - 14 ¿Ayudando a Castro? Las políticas de la UE y de EE UU hacia Cuba, Susanne Gratius, Octubre de 2005
 - 15 Las amenazas a la seguridad humana y el problema de los medios de acción, Luis Peral, Octubre de 2005

FRIDE

La izquierda europea ha sido ambivalente en relación con la promoción de la democracia. Este documento de trabajo examina las razones de este escepticismo en base a entrevistas con miembros de partidos de centro-izquierda en Francia, Alemania, España y el Reino Unido. Se argumenta que existe una considerable confusión conceptual en los debates dentro de la izquierda europea, en gran parte debido a que la agenda democrática ha sido equivocadamente mezclada con otras cuestiones. Se sugiere que una corrección de esta confusión podría conllevar un mayor compromiso hacia la promoción de la democracia.

www.fride.org